

Pasar de la desolación

A LA ACCIÓN

SIN JESÚS PRESENTE, LA VIDA DE LA COMUNIDAD PASA POR DISTINTAS VIVENCIAS.

LA COMUNIDAD ABATIDA

Tras la crucifixión de Jesús, los discípulos regresan a su tierra y vuelven a hacer lo que sabían hacer: pescar. No están todos, solo algunos. ¿Divididos, fragmentados? No lo sabemos. Lo que nos dice la Escritura es que los que están no pescan nada. Los discípulos tienen las redes vacías y vuelven a sus casas sin comida y abatidos. Jesús fue crucificado y su muerte puso en evidencia un torbellino de conflictos en el corazón de sus amigos: Pedro lo negó, Judas lo traicionó, los demás huyeron y se escondieron. En cuestión de días, todo se vino abajo. Quedaron desamparados. Y llegó el tiempo de otras tentaciones: discutir ideas, no darle la debida atención al asunto, fijarse demasiado en los perseguidores y, la peor de todas, quedarse rumiando la desolación.

LA COMUNIDAD NECESITADA

Pedro hizo experiencia de su limitación, de su fragilidad, de su ser pecador. El temperamental, el jefe impulsivo y salvador, con una buena dosis de autosuficiencia y exceso de confianza en sí mismo y en sus posibilidades, tuvo que someterse a su debilidad. "Después Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" (Jn 21, 15). Jesús no va al reproche ni a la condena, le hace una pregunta

de amor: "¿Me amas?". Él lo único que quiere es salvar a Pedro del peligro de quedarse encerrado en su pecado, de que quede "masticando" la desolación fruto de su limitación; del peligro de claudicar de todo lo bueno que había vivido con Jesús. El Señor lo quiere salvar del encierro, del aislamiento y de esa actitud destructiva que es victimizarse, quiere liberarlo de la tristeza y especialmente del mal humor. Con esa pregunta, Jesús invita a Pedro a que escuche su corazón y aprenda a *discernir*.

LA COMUNIDAD "MISERICORDIADA"

¿Qué es lo que fortalece a Pedro? Una sola cosa: es tratado con misericordia (Cf. 1Tim 1,13). En medio de nuestros pecados, límites, miserias; en medio de nuestras múltiples caídas, Jesús nos vio, se acercó, nos dio su mano y nos trató con misericordia. No somos mejores que otros, ni superhéroes; más bien somos enviados con la conciencia de ser hombres y mujeres perdonados. Y esa es la fuente de nuestra alegría. En nuestras heridas están los signos de la Resurrección. Al estilo de Jesús, nos toca buscar a los hermanos sin reproches ni condenas. Jesús no se presenta a los suyos sin llagas; precisamente por sus lastimaduras Tomás puede confesar la fe. Estamos invitados a no disimular o esconder nuestras cicatrices. Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las heridas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene nombre: Jesucristo

LA COMUNIDAD TRANSFIGURADA

Jesús invita a Pedro a discernir y así comienzan a cobrar fuerza muchos acontecimientos de su vida, como el gesto profético del lavatorio de los pies. Pedro, el que se resistía a dejarse lavar los pies, comenzó a comprender que la verdadera grandeza pasa por hacerse pequeño y servidor. ¡Qué pedagogía la de nuestro Señor! Del gesto profético de Jesús a la Iglesia profética que, limpia de su pecado, no tiene miedo de salir a servir a una humanidad herida. Pedro experimentó en su carne la herida no solo del pecado, sino de sus propios límites y flaquezas. Pero descubrió en Jesús que estas pueden ser camino de Resurrección.

LA COMUNIDAD RESUCITADA

En Jesús, nuestras llagas son resucitadas. Nos hacen solidarios, nos ayudan a derribar los muros que nos encierran en una actitud elitista para estimularnos a tender puentes y encontrarnos con tantos sedientos del mismo amor misericordioso que solo Cristo nos puede brindar. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio y de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es sudor de nuestra frente (Cf. *Evangelii gaudium*, 96).

LA COMUNIDAD MISIONERA

El Pueblo de Dios no espera ni necesita superhéroes, espera hombres y mujeres comprometidos que sepan de compasión, que puedan tender una mano, que se detengan ante el caído y, al igual que Jesús, lo ayuden a salir de ese círculo de "masticar" la desolación que envenena el alma. Conocer a Pedro abatido para conocer al Pedro transfigurado es la invitación a pasar de ser una Iglesia de abatidos desolados a una Iglesia

servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de ponerse al servicio de su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo... (Cf. Mt 25). Un servicio que no se identifica con el asistencialismo, sino con conversión de corazón. El problema no está en darle de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el desnudo, el enfermo, el preso y el desalojado tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas y sentirse en familia. Ese es el signo de que el Reino de los Cielos está entre nosotros: una Iglesia que fue herida por su pecado, "misericordiosa" por su Señor y convertida en profética por vocación.

LA IGLESIA QUE AMAS

Ante los desafíos culturales actuales podemos caer en la tentación de recluirnos y aislarnos para defender nuestros planteos o pensar que todo está mal y, en lugar de profesar una "buena nueva", lo único que profesamos es apatía y desilusión. Así cerramos los ojos ante lo nuevo, porque creemos que el Espíritu Santo no tiene nada que decir. Pregunto: ¿cómo es la Iglesia que tú amas? ¿Amas a esta Iglesia herida que encuentra vida en las llagas de Jesús? Nos guste o no, estamos invitados a enfrentar la realidad así como se presenta: la realidad personal, comunitaria y social. Renovar la profecía es renovar nuestro compromiso de no esperar un mundo, una comunidad o un discípulo ideal para vivir o para evangelizar, sino crear las condiciones para que cada persona abatida pueda encontrarse con Jesús.

Francisco

Santiago de Chile, 16/01/2018.

**SALIR DE
ESE CÍRCULO
DE "MASTICAR"
LA DESOLACIÓN
QUE ENVENENA
EL ALMA.**